



¿Qué futuro propone Tecnópolis?

Federico Vasen¹

Tecnópolis se emplaza en un gran espacio destruido, en constante reconstrucción.² Esta no es sino una de las tantas metáforas del país que se reconocen en la muestra. El parque se empeña en transmitir un mensaje: la Argentina tiene futuro, pero no cualquier futuro, sino uno moderno, tecnológico, desarrollado. En el discurso que estructura Tecnópolis, la ciencia y la tecnología aparecen como el buque insignia de nuestro tránsito hacia ese futuro, como heraldos de trabajo y bienestar.

Si bien la expansión de la ciencia y la tecnología se vinculan, por definición, con el surgimiento del mundo moderno, el vínculo entre ellas y el desarrollo socioeconómico es de carácter contingente. La Argentina ha tenido –y tiene– una amplia producción de conocimiento científico, mucha de la cual es del más alto nivel y ha sido reconocida mundialmente a través, por ejemplo, de nuestros tres premios Nobel en ciencias. Esto, sin embargo, no nos ha transportado automáticamente a un estadio superior del desarrollo. Tecnópolis busca dar el paso, ligando, en el imaginario colectivo, esa actividad de producción de conocimientos, a un territorio. Argentina es, como bien señala Diego Hurtado en el canal Encuentro, “territorio de ciencia”. Eso lo sabía ya Sarmiento, cuando impulsó la creación de instituciones como la Oficina Meteorológica Nacional, a tra-

¹ Becario doctoral CONICET con sede en la Universidad Nacional de Quilmes, Profesor de Filosofía, Docente de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Católica Argentina.

² Tecnópolis es un gran parque temático de ciencia, arte y tecnología inaugurado en Argentina en el año 2011 en ocasión de celebrarse el bicentenario patrio y cuyo lema reza “decir presente mirando al futuro”.

vés de las cuales el conocimiento científico podía contribuir a la afirmación de soberanía de un país de reciente conformación. La necesidad de urbanizar la topografía de Tecnópolis brinda la excusa para formar un panteón de la ciencia nacional, que se destaca por su pluralidad. Allí uno puede hallarse en una intersección improbable en la vida real: la de la avenida Bernardo Houssay y la calle Jorge Sabato. Tanto el Premio Nobel antiperonista como el pragmático tecnólogo encuentran su lugar en los cien hitos de la ciencia y la técnica que, elegidos con el mismo criterio ecuménico, acompañan el recorrido de los visitantes por el parque, representados en unos coloridos paneles en las veredas de la calle Leloir.

Tecnópolis es, ante todo, una intervención política sobre el presente. Así, la operación de instalar la ciencia y la tecnología como los caminos del futuro no puede prescindir de su causa eficiente: es el gobierno nacional quien ha instalado Tecnópolis y es él quien está llevando la transformación de la Argentina desde un pasado contradictorio –del que se destacan trenes, aviones y misiles– hacia un futuro de progreso. La muestra es, a la vez, la afirmación del conocimiento del camino, la exposición de sus logros parciales y la búsqueda de legitimidad para su continuación. Antes que una feria de ciencias, Tecnópolis es una feria de organismos y empresas del Estado y, en mucha menor medida, de compañías innovadoras privadas. La tónica del evento es, ante todo, celebratoria y en esa autocelebración se cuele rápidamente una pretensión apologetica.

Los distintos *stands* buscan, con matices, vender antes que explicar, convencer antes que llamar a la reflexión. En un todo coherente con esto, el ministro Lino Barañao afirmaba en una entrevista en *La Nación* que, a diferencia de Encuentro, el canal de televisión que lanzará el MINCYT –Tecnópolis TV– será un canal de ciencia “publicitario, no de divulgación. [...] No queremos salir a contar qué es la ciencia, [...] sino vender la idea de capacitación en carreras científicas a los jóvenes y el concepto de innovación al empresario pyme”.³ Es este concepto de comunicación el que permea Tecnópolis, sólo que orientado a un objetivo más amplio. Los *stands* combinan un mensaje informativo sobre un área, temática o tecnología particular con una moraleja política. Dependiendo del estilo de cada uno, el énfasis estará puesto en uno u otro polo. Así, el simulador del satélite de CONAE o la proyección de Yacyretá enumeran rápidamente algunos detalles técnicos para pasar luego a mostrar cómo ha sido

³ “Esperamos lanzar el canal público de ciencia y tecnología antes de fin de año”, en <www.lanacion.com.ar/1376473>, publicado el 27/05/11.

este gobierno el que apostó al sector en cuestión. En el otro extremo, CNEA y NA-SA han contratado guías calificados que explican el funcionamiento de la nueva central Atucha II, los reactores de investigación y el prototipo del CAREM. Si bien el apoyo del gobierno está detrás, más visible aún está la “ideología institucional” del sector nuclear argentino, anclada desde antaño en la idea de autonomía tecnológica. En el medio de los extremos, *stands* como el de la basura de la Secretaría de Ambiente o el de los laboratorios de SENASA se toman un tiempo para explicarnos el funcionamiento de una planta de reprocesamiento de residuos o los cuidados de bioseguridad que deben tomarse, para luego concluir –como coda– con plasmas informativos sobre las obras que se están realizando en el tema.

Esta puesta, a la vez autocelebratoria y aparentemente fragmentaria, tiene finalmente un único mensaje integrador: la ciencia y la tecnología argentina han despegado, confiemos en ellas y en aquellos que las han hecho despegar hacia un futuro dorado, un futuro en el que no caben la distopía ni el pesimismo. En este relato, ciencia y tecnología son herramientas de desarrollo y bienestar, antes que oportunidades para la dominación del hombre por el hombre y la destrucción del medioambiente. En Tecnópolis, más cámaras y más biometría son iguales a más seguridad y no a menos privacidad; Yacyretá es “cada luz que se enciende” y no la inundación de más de 100.000 hectáreas; la energía nuclear es Atucha y no Gastre. En Tecnópolis, la tecnología no es ambigua, la tecnología es progreso.

En tanto el eje central que da coherencia a la muestra refiere a un proyecto político concreto, otros ejes temáticos –pero no por ello apolíticos– que podrían resultar interesantes quedan marginados. Un buen ejemplo de ello es el de las fuentes de generación de energía. La lógica que encontramos en la muestra es la de la publicidad. El complejo nuclear busca convencernos de que allí está el futuro, Yacyretá nos embelesa con la inagotabilidad del recurso hídrico, e YPF y ENARSA celebran el descubrimiento de yacimientos de petróleo y gas (y añaden un apéndice políticamente correcto sobre paneles fotovoltaicos y generadores eólicos). Nadie ve el problema en conjunto, nadie compara, nadie enlaza explícitamente lo que se ve en uno u otro *stand*. La dinámica reproduce –en pequeña escala– el desconcierto que produce la conciencia, cada vez más clara, del agotamiento de los combustibles fósiles y la competencia por su sustitución. Una feria tecnológica podría, sin dejar de entretener, dar herramientas críticas para analizar una situación en particular –y a través de ella, la tecnología en general–, antes que aturdir con soluciones

potencialmente maravillosas. En ningún sentido implica esto un rechazo de corte ludita a cualquier desarrollo tecnológico. Por el contrario, propone apostar a una construcción crítica de la tecnología y una evaluación democrática de las alternativas disponibles a través de la generalización de los elementos de crítica y razonamiento. En este sentido, las características técnicas de la TV Digital Abierta configuran a esta claramente como una innovación democratizadora en su espíritu. Pero esa conclusión la tiene que sacar cada uno solo, no debe venir tan servida en bandeja, no debe ser una bajada de línea lisa y llana, sensiblera, como la que recibimos en el *stand* respectivo. Si no, seguimos consagrando el modelo del déficit, seguimos dando todo masticado porque tememos que los demás mastiquen distinto.

Además de todo esto, Tecnópolis es un espacio público, un maravilloso espacio público y gratuito, con lugares para el picnic, con una pista de *skate*, un espacio para conciertos, exposiciones artísticas permanentes, un tren. Su planteo urbanístico es abierto y divertido, permite una forma democrática de apropiación del espacio, en el que en ningún momento el poder adquisitivo marca una diferencia. Es difícil pensar en otro paseo así en el que no haya que desembolsar un peso, ni por la entrada, ni luego por cada atracción, ni por el estacionamiento. En el futuro, ese futuro que en Tecnópolis ya llegó, sería positivo que esa posibilidad de crear, de pensar, de divertirse y construir colectivamente en un marco igualitario que el parque, como tal, tan generosamente nos brinda, estuviera también abocada a darnos elementos para moldear crítica y localmente esa tecnología futura, de cuyas ambigüedades y riesgos ese mismo espacio hoy nos priva.

